

A romantic couple embracing at sunset. The woman has long, light-colored hair and is wearing a white, short-sleeved, polka-dot dress. The man is wearing a white shirt. They are both looking towards the right, where the sun is setting over a body of water, creating a warm, golden glow. The woman's hand is on the man's neck, and his hand is on her back.

A mil kilómetros de ti

Shirin Klaus

Primer capítulo de

A mil kilómetros de ti

Puedes encontrar la novela completa en
[Amazon](#)

Capítulo 1

Notar el sol sobre su cuerpo era un auténtico placer; oír las voces de sus amigas, una delicia; y sentir las a su lado, piel con piel, era el mayor de los regalos que Alicia podía imaginar. Sonreía como una tonta, feliz por estar donde estaba y con la mejor compañía del mundo.

Tras casi seis meses sin poder tocar físicamente a sus amigas, sabía que tenerlas cerca era todo un lujo.

También había echado de menos el sol. Muchísimo. Y eso que era de piel bastante blanca y antes solía huir del astro rey porque nunca lograba ponerse morena. Roja o lechosa, esa era su gama cromática habitual. Después de un día en la playa, sus amigas parecían recién llegadas del Caribe y ella una guiri transformada en gamba. Pero en los últimos tres meses apenas si había visto dos veces el sol, así que sentirlo sobre su piel la hacía cerrar los ojos con auténtico deleite.

—¡Que se nos duerme! —gritó Sonia a su lado, asustándola.

Ella abrió los ojos con rapidez y miró a sus amigas.

—¡Ali! ¿Te habías dormido?

—Claro que no, solo estaba...

—Descansando la vista —dijo Sonia con sorna.

—No sabía que de Alemania a aquí hubiera *jetlag*.

—Que no, en serio, no me he dormido. ¡Pero si estoy andando! ¿Cómo iba a dormirme? ¡Solo estaba disfrutando del sol!

—Hay que ver, ya eres una alemana auténtica: ves un rayo de sol y te vuelves loca.

—Es que en Berlín llevamos casi un mes sin que salga el sol y en los últimos tres a lo mejor ha habido un día o dos despejados. Y no todo el día, ¿eh? Solo a ratos.

—Pues aquí vas a tener sol para aburrirte —presagió su amiga Mónica.

—Sí, te vas a hartar. No llueve desde hace meses.

—Me toca ser una placa solar y recargar pilas mientras esté aquí —sonrió Alicia.

Un mes, eso es lo que iba a estar en España. La empresa en la que trabajaba había comenzado un proyecto en su país natal y la había elegido a ella como enlace entre ambas oficinas. Alicia se había alegrado mucho por el encargo, no solo porque le permitiría pasar unos días cerca de su familia y amigos, sino también porque aquel trabajo, aunque temporal, era como un ascenso. Y no

solo por el suplemento económico que le habían prometido, sino también por la responsabilidad que conllevaba. Su empresa confiaba en ella y eso la enorgullecía, y más después de haber pasado dos años en paro tras terminar la carrera y el máster. En España solo la habían querido para hacer prácticas no remuneradas o, con un poco de suerte, para un periodo laboral de tres meses antes de echarla a la calle como si su trabajo allí no hubiera valido para nada. Las empresas de España la habían hecho sentir basura, prescindible, mano de obra barata fácilmente reemplazable.

En Alemania, y gracias a Paul, había encontrado una empresa que la valoraba y la tenía en tan alta estima como para ponerla a cargo de aquel nuevo proyecto en el extranjero. Extranjero para ellos, claro, porque para ella era volver a casa, aunque solo fuera de forma temporal.

Paul. Su corazón se encogió un poco al pensar en él: llevaban dos años y cuatro meses juntos, y él la había ayudado a encontrar su lugar en Alemania. Había logrado que sintiese que tenía una familia lejos de casa.

Ya lo echaba de menos, y eso que solo llevaban unas horas separados. Había ido a despedirla al aeropuerto y, si se esforzaba, aún podía notar el sabor de sus besos en la boca.

—¡Y dale! Otra vez se ha dormido.

Se dio cuenta entonces de que había vuelto a cerrar los ojos.

—¡Que no me duermo, *joé!* Solo estoy pensando.

—¿Y no puedes hacerlo con los ojos abiertos? Vaya con la alemana.

—Estaba pensando en Paul —contestó— y si cierro los ojos casi puedo verlo delante de mí.

—¡Oh, por favor! —exclamó Sonia—. Maldito alemán.

Alicia arrugó el entrecejo al mirar a su amiga.

—Pero si Paul te cae bien.

—Ya, pero te tiene en Alemania secuestrada.

—Sabes perfectamente que Paul no me tiene allí secuestrada. Es la falta de trabajo en España la que me retiene allí.

—Eso era antes, ahora tienes experiencia y buenas referencias. Podrías volver cuando quisieras.

—Sí, con un salario de risa.

—Es que no todos podemos ganar tropecientos mil euros al mes como tú —se burló Mónica. Por su parte, Sonia se interesó:

—Si encontrases un buen trabajo en España, ¿te venderías?

—Claro, pero con el sueldo que gano allí.

—Aquí la vida es más barata —protestó Sonia, consciente de que ingresar en España lo que Alicia cobraba en Alemania era casi una utopía.

—¿En serio? Porque tenéis la luz más cara de Europa y los alquileres están por las nubes y...

—¿Cómo que «tenéis»? —se quejó Sonia—. ¿Ya no eres española? Aunque la mona se vista de seda, mona se queda.

—Ja, ja.

—España sigue siendo más barata que Alemania en muchas cosas: aún recuerdo los cinco euros que me pidieron por un café cuando fuimos a verte. Y no era de Starbucks, ¿eh? Un cafecito normalito.

—Vale, tienes razón, pero para venirme, al menos tendría que ganar el equivalente para seguir llevando el mismo nivel de vida.

—¿Y Paul? —preguntó Mónica—. ¿Lo dejarías allí?

—¡Claro que no! Se vendría conmigo. Ya lo hemos hablado muchas veces y a él le encanta España, solo tendríamos que conseguir trabajo también para él.

—Pues entonces pinta mal. —Sonia soltó un teatral suspiro—. Si ya es una utopía lo de conseguir trabajo para ti con un sueldo equivalente al de Alemania, encontrar dos sería misión imposible.

—Oye, si está Tom Cruise, yo me apunto.

—Hablando de soñar con los ojos abiertos, yo también veo al hombre de mis sueños y creo que es de carne y hueso.

Las tres miraron hacia delante y vieron al Tom Cruise particular de Mónica a unos metros.

—Y después te ríes de mí por estar enamorada de Paul —se burló Alicia, y su amiga le respondió con una sonrisa y un aleteo de pestañas.

Ali le devolvió el gesto, pues le gustaba ver a su amiga enamorada, y más de alguien como Arturo. Hacía años que no lo veía, pero habían compartido muchas horas juntos durante el colegio y el instituto, y sabía que era buena persona. Cuando Mónica le contó que había coincidido con él después de tanto tiempo, había sentido nostalgia de aquella época de despreocupación juvenil. Y cuando poco después se enteró de que había algo entre ellos, bailoteó de la alegría. Si Arturo seguía

siendo el chico que era, salir con él sería muy beneficioso para Mónica, que había encadenado a varios novios a cada cual peor.

—¡Arturo! —lo llamó Mónica a la vez que sacudía el brazo para atraer su atención.

Una sonrisa enorme se dibujó en el rostro masculino en cuanto la vio y se apresuró a ir hacia ellas.

—Aquí estás. —Se saludaron con un simple beso en los labios, aunque la mirada que intercambiaron era incendiaria—. ¡Alicia! Qué sorpresa.

—Para pasmo el mío cuando Mónica me contó que os habíais encontrado.

—¿Solo te contó eso? —preguntó él con tono divertido.

—Hombre... Cualquier otra cosa que haya compartido conmigo es secreto de confesión entre amigas.

—¡Eso me gusta más! Es mucho más... —buscó la palabra y después, con una sonrisa y la mirada fija en Mónica, dijo—: sugerente. Bueno, chicas, seguidme: mis amigos ya están dentro preparándose. Estas son vuestras entradas; no van numeradas, así que sentaos donde queráis o podáis: ha venido bastante gente y el *show* está a punto de empezar.

Echaron a andar mientras Arturo les pasaba las entradas.

—¿Y qué es lo que vamos a ver?

—¿No te lo han contado? —preguntó él con sorpresa a la vez que se giraba hacia Alicia.

—Qué va: me han recogido en el aeropuerto y me han traído aquí. Ya me olí algo raro cuando se ofrecieron a ir a por mí.

—Ni que fuéramos unas desalmadas que no irían a recoger a su mejor amiga al aeropuerto.

—Te lo vas a pasar genial, ya verás —sonrió Arturo—. Unas risas seguro que te echas.

—Pero ¿qué es?

—¡El Gran Prix!

—¿El programa de televisión?

—Una versión cutre y de pueblo, pero igual de divertida.

—Y más si conoces a los participantes. Vamos a disfrutarlo mucho —Mónica se rio de forma malévola.

—¿Vas a disfrutar a mi costa? —preguntó Arturo poniendo ojitos de gatito triste.

—No, hombre, a tu costa no, contigo.

La corrección llegó seguida de la intervención de Sonia:

—Nos vamos a reír de todo quisqui: de ti, de tus amigos... de todo el mundo.

—Pero a ti también te animaremos, ¿eh? —aclaró Mónica—. Nos reiremos a la vez que decimos: ese Arturo, cómo mola, se merece una ola, ¡ehhhh!

—Eso espero. Bueno, el público entra por ahí y yo accedo por otro sitio. ¡Nos vemos en el ruedo!

Arturo se marchó tras darle un beso a Mónica. En aquella ocasión duró un poco más y ambos se miraron con deseo al separarse.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó Mónica poco después, mientras buscaban asiento en la plaza de toros portátil que habían instalado para el concurso.

El Grand Prix se celebraba en una pequeña localidad próxima a su ciudad y el municipio no tenía coso, así que el concurso había traído su propio ruedo.

—Pues un poco cutre todo. ¿En serio me habéis traído al Grand Prix de imitación? Y podríais haberme avisado para que me cambiase los zapatos. ¡Se me han llenado de tierra mis bailarinas favoritas!

—¡Me refiero a Arturo! ¿Qué te parece?

—Pues bien, ¿no? Ya te dije que siempre me ha caído muy bien.

—Pero ¿qué te parece ahora? —le dio énfasis al adverbio.

—Pues que se ha puesto *buenorro*. ¿Me dijiste que jugaba al fútbol? No me esperaba que estuviera tan... ¿potente?, ¿apretadito? Y mira que es bajito, pero da gusto verle. Ha mejorado con el tiempo.

—¿Verdad que sí? —preguntó Mónica con ojos enamorados.

—Sí. ¡Ah, mira! Ahí está.

Habían llegado un poco justas al evento y apenas unos minutos después de que logaran encontrar sitio para las tres, la música anunció que el espectáculo no tardaría en comenzar. Por suerte, y aunque estaban un poco apretujadas, habían conseguido sitio en primerísima fila. La altura de Alicia, que sobrepasaba a la de muchos hombres, había hecho que la familia que se sentaba detrás protestase por lo bajini, aunque al final lo habían solucionado cambiando de asiento al hijo menor.

Alicia, incómoda por la conversación mantenida a su espalda —la había escuchado perfectamente, aunque fingió no hacerlo—, miró hacia el ruedo algo encorvada para disimular su altura. Divisó a Arturo que, junto a otros cuatro amigos, conformaba el equipo morado. Le bastó

echar un vistazo a la plaza para saber que tendrían que enfrentarse a otros cinco equipos. Treinta y cinco participantes en total. En el centro de la pista había una estructura inflable que parecía sacada de un parque infantil, lo que hizo que Alicia no esperase mucho del espectáculo. Ojalá al menos se riese un poco, como le habían prometido.

—¿Y los amigos de Arturo quiénes son? —le preguntó a Mónica.

—Los de morado.

—Eso ya lo he deducido yo solita, gracias. Me refiero a si conozco a alguno. ¿Alguien más del colegio?

—No. Yo al menos no conocía a ninguno. El que está a su derecha es Daniel, el de la izquierda Carlos y...

Alicia no intentó retener los nombres. ¿Para qué? Si desde donde estaba ni siquiera podía ver bien sus caras.

El espectáculo no tardó en dar comienzo y, pese a que Alicia pensaba que aquel *show* era lo más cutre que había visto en mucho tiempo, no pudo evitar reírse al ver los resbalones y golpes que se daban los participantes. La primera prueba consistía en atravesar la estructura inflable con unos cubos de agua para ver qué equipo conseguía llenar más rápido un recipiente que los esperaba al otro lado del circuito. En una prueba tan tonta ocurrió de todo: uno se equivocó de contenedor y le regaló varios centímetros cúbicos al equipo rival, otro resbaló y aterrizó de cabeza en la colchoneta, dos chocaron entre sí y se cayeron por los laterales del inflable, uno le arrebató el cubo a un contrincante...

Alicia se sorprendió partiéndose de risa con los resbalones y celebrando los éxitos del equipo morado, y durante casi media hora disfrutó de las pruebas que se iban sucediendo sin pensar en nada.

Tras varios retos en los que los concursantes fueron los protagonistas, el presentador intentó involucrar al público con un juego. Cada equipo había sacado al ruedo a un voluntario al que tenían que vestir con la ropa que el presentador iba pidiéndole al público. La primera petición fueron gorras y muchas personas de la grada no dudaron en lanzar sus sombreros a la arena para que los concursantes los recogieran a toda prisa. En un santiamén, sobre las cabezas de los voluntarios se erigieron inestables torres de gorras y sombreros de paja. Después el presentador pidió camisetas y muchos hombres no tardaron en quedarse desnudos de cintura para arriba. El siguiente requerimiento fue de pantalones.

—Ya, claro —se burló Alicia, pensando que nadie iba a quedarse en ropa interior delante de toda aquella gente—. Oh, no... —murmuró a la vez que se cubría los ojos al darse cuenta de que el hombre que tenía justo al lado se había puesto de pie y empezaba a desabrocharse el cinturón. Tenía unos cincuenta años y una barriga en la que cabrían quintillizos.

—¡Sííí! —lo animó Mónica—. ¡Arturo, aquí! ¡Arturooooo!

El hombre se bajó los pantalones, dejando al descubierto unos calzones de pata. Alicia intentaba mirar hacia otro lado, pero se partió de risa junto a los demás cuando el señor empezó a ondear la prenda por encima de su cabeza al ritmo de una canción de estriptis que habían puesto desde la organización.

—Arturo, ¡corre! —insistió Mónica, creyendo que le había conseguido un pantalón a su chico, pero entonces apareció otro concursante, se encaramó a la barrera y le cogió los vaqueros al hombre—. ¡No, caballero! Tenía que dárselos a ese que viene por ahí.

—Lo siento, era mi hijo —contestó el otro muy digno, como si no estuviese en calzones delante de toda una plaza de toros.

—Esto está muy interesante —se oyó la voz del presentador—. Todos los equipos menos el amarillo han conseguido un pantalón. ¡E incluso el rojo se ha hecho con dos!

Alicia miró a su alrededor. Sí que era generosa la gente. O confiada, pues lo primero que ella habría pensado antes de lanzar una gorra, una camiseta o unos pantalones, era a ver cómo se los iban a devolver entre tanta gente. ¿Qué pediría ahora el presentador? ¿Calzoncillos? Miró por el rabillo del ojo al hombre que tenía al lado y se preguntó si el amor de padre lograría que se quedase en bolas.

—Y ahora, queridos concursantes y querido público, lo que el maniquí necesita son... ¡sujetadores!

—¡Ja! —exclamó Alicia, más incrédula todavía que con los pantalones. Y la entrega de los espectadores volvió a sorprenderla, y no la de unos desconocidos, sino la de sus propias amigas, que se apresuraron a meter las manos bajo sus camisetas. —Pero ¿qué hacéis? —gritó horrorizada.

—Tú también, ¡venga! —exigió Mónica—. Arturo, veeeen, tengo tres para ti.

El interpelado salió corriendo en su dirección, pero llegó antes hasta la valla el chico que se había llevado los pantalones del vecino.

—No son para ti —negó Mónica—. Tú ya te has llevado los pantalones.

—Dadme uno, porfa.

—Lo siento, pero son todos para él —contestó la joven a la vez que se sacaba el sujetador de debajo de la camiseta y se lo tendía a Arturo, que acababa de encaramarse al vallado.

Sonia también se había soltado ya su sostén y se lo pasó al novio de su amiga.

—Vamos, Alicia —le pidió Mónica.

—Pero...

Miró a su alrededor. Había más ojos de los que le habría gustado fijos en ella, y no solo los de hombres interesados en captar aunque fuese un centímetro de piel oculta, sino también los de mujeres que observaban curiosas su indecisión.

—Aliciaaaa —protestó su amiga.

Rebufó por su insistencia y, tras mirarse la camiseta y asegurarse de que el tejido no transparentaría, se metió la mano bajo la ropa y abrió el enganche del sostén. Arturo había desaparecido para entregarle los sujetadores al maniquí e ir adelantando trabajo. En su puesto había aparecido otro miembro de su equipo que la miraba con la frente perlada de sudor, la respiración agitada y una sonrisa de oreja a oreja. Incómoda por todas las miradas que estaba atrayendo, Alicia se sacó los tirantes del sujetador y se lo tendió al desconocido, que salió corriendo en cuanto tuvo el premio entre sus manos.

—Quién me mandaría a mí venir a esta locura —murmuró Alicia, mirando con incredulidad cómo su ropa interior se alejaba en manos de un desconocido.

A su lado, Mónica y Sonia palmeaban con alegría, pues estaban haciendo el recuento y, con sus tres sujetadores, el equipo morado había empatado con el equipo rojo, que había conseguido otros tres.

Los marcadores quedaban muy reñidos.

Por suerte, la prueba de los sujetadores era la última de aquel juego y el presentador pidió por megafonía que devolvieran todas las prendas a sus respectivos dueños mientras hacían recuento de puntos. En un santiamén tenían a Arturo frente a ellas, devolviéndoles su ropa con palabras de gratitud.

—Oye, ¿y el mío? —preguntó Alicia al ver que su antiguo compañero de clase solo traía los de Mónica y Sonia.

—¿El tuyo? No me has dado ninguno.

—Se lo di a tu amigo.

—¿A quién? —interrogó Arturo girándose sobre la valla para mirar a sus compañeros de equipo.

—Al alto.

—Con esa descripción, solo nos descarto a Manu y a mí.

—Ese de ahí. El que... el que... el que va de morado.

—Somos el equipo morado.

—¡Lo sé! —exclamó con frustración.

Alicia se estaba poniendo nerviosa. A diferencia de lo que sentían muchas mujeres, a ella no le gustaba llegar a casa y quitarse el sostén. Solo se separaba de él para dormir. Se notaba muy rara sin ropa interior, y si eso le sucedía en casa sin nadie, qué decir cuando estaba en una plaza de toros con mucha más gente.

El hombre al que le había dado el sujetador se giró entonces para mirarlas y Alicia movió el brazo para que les prestara atención. El bamboleo libre de sus pechos la hizo sentir muy incómoda, pues se imaginaba que todo el mundo podía ver sus tetas saltando de un lado para otro.

Cuando el chico dio muestras de haberla visto, Alicia le hizo el gesto de «ven». Él se acercó a ellas y la joven se sintió aliviada al ver que llevaba su sujetador en la mano, pero antes de llegar el muy sinvergüenza se puso el sostén sobre el pecho y se pavoneó un poco delante del público, que le aplaudió. Y mientras, Alicia lo miraba colorada como un tomate y con unos ojos que se habían transformado en rayos láser.

—¿Voy guapo? —preguntó el desconocido. Llevaba los brazos tatuados por completo y, con el sostén puesto y sus movimientos de modelo de pasarela, presentaba una imagen de lo más chocante.

Alicia se puso en pie y se estiró hacia delante.

—Dámelo.

A él se le cortó la risa de golpe y se la quedó mirando con la boca abierta.

—Qué alta —fue lo único que atinó a decir.

Esas dos simples palabras hicieron que Alicia se pusiera más roja todavía por una mezcla de rabia, vergüenza e inseguridad. Sabía que era alta. «Demasiado alta», había pensado durante gran parte de su infancia y adolescencia. Siempre había despuntado entre sus compañeros, y no solo porque el resto tardara en dar el estirón, sino porque sus genes habían sido demasiado generosos en lo relativo a la altura desde bien joven. Con dieciséis años ya medía un metro ochenta y cinco.

Menos mal que ahí se había quedado. Sus compañeros de clase la llamaban a escondidas —y no tan escondidas— «la jirafa». Qué cabrones. Hasta casi los veintidós años había sido incapaz de salir a la calle con tacones por la vergüenza. Por suerte, con la madurez lo había superado... o quizá no tanto como creía, pues las palabras de aquel desconocido, junto con su cara de pasmo, la indignaron como nunca.

Le arrebató el sujetador de la mano en cuanto él lo puso a su alcance.

—Daniel.

—¿Qué? —preguntó Alicia de forma brusca y nada amigable.

—Que me llamo Daniel.

—Pues mira qué bien —contestó mordaz, incómoda al ver que seguía allí plantado con cara de estúpido—. ¡Largo! ¿No ves que estoy intentando ponerme el sujetador?

Él trastabilló al salir corriendo.

—¡Lo has dejado sin palabras! —exclamó Sonia muerta de la risa.

—En alguna de las pruebas ha debido de caerse de cabeza sobre la arena y se ha quedado tonto —contestó Alicia, respirando aliviada al abrocharse los corchetes a la espalda.

—¡Creo que le has gustado!

—¡Ja! —estalló en una carcajada involuntaria—. Pues menos mal que yo ya tengo novio, ¡porque vaya cómo está el mercado!

¿Quieres saber cómo sigue esta historia?

[Continúa leyendo](#)

[A mil kilómetros de ti](#)